

Yo, Cuauhtémoc, hijo de Ahuizotl; yo, el Águila que cae, aquél que habla, rey de Tenochtitlan, jefe de la Triple Alianza, emperador, onceavo y último señor de México, jefe de los hombres, me encuentro de nuevo rodeado de un color verde que es más vivo, más radiante, más armonioso, ¡ah, sí!, mil veces más vivo, y más total, que el que se extiende por las plumas del quetzal —el ave verdiazul—, con las que se hacen los tocados de los reyes. Este color verde, flor y canto, se ha apoderado de mí en el momento en que el silencio, que ha sucedido al último grito del último de los Seres hoy ebrios, ha invadido la selva y mi corazón. Y de pronto, ese color verde, flor y canto, engendrado por el cielo y la tierra, o quizá por el sueño de los señores compañeros míos, o quizá por mí mismo —¿quién sabe?—; de pronto ese color que es paz y alegría, color o luz, se ha puesto a palpar en mi sangre. Yo soy este color resplandeciente, al par que íntimo, y soy mi paz, mi alegría, y este silencio sobrehumano; y todo ello está en mi sangre, es mi sangre; mi sangre verde, nueva; y comprendo ahora por qué los dioses gustan del precioso licor que corre por las venas de los hombres y palpita en sus sienes; comprendo por qué los dioses lo desean con avidez: creo que la sangre es verde, más verde que el quetzal verdiazulado, y creo que este verdor es silencio y paz, silencio y alegría.

Hay voces; todo el día, voces. Los soldados del marqués hablan y cantan y ríen. Sí, ahora se le llama: "el marqués". Antes era el jefe, "el jefe blanco y barbudo", como decía el pueblo; y Moctezuma lo llamaba: el dios; el magnífico señor don Fernando Cortés, el Ser, el jefe de los Seres. Y la selva se ha convertido en una tormenta, con las voces de los Seres. El marqués, cargado de metal y de arrogancia, detesta la selva; yo la amo. Para amar algo hace falta no ir cargado ni de metal ni de arrogancia. Yo voy desnudo; yo, señor de México, jefe de los hombres, rústico de poco saber, pero cuya persona, cuya boca, lengua, rostro y orejas son la persona, la boca, la lengua, el rostro y las orejas del dios; yo, Cuauhtémoc, no cubro mi cuerpo más que con ese color que me exalta. Ya no llevo en la frente la diadema triangular de oro y turquesas; ya no sostengo en la mano el cetro en forma de serpiente; ya no llevo jades en el cuerpo ni el manto verde lleno de piedras verdes; ya no porto en la cabeza la aureola emplumada; ya no tengo más que este color verde, en medio del cual palpito. Flor, canto. Si amo la selva, origen de tantos dolores, es porque estoy desnudo; y la selva, hace un instante, era una tormenta, pero también una música. Los soldados del marqués cantaban. Lo cierto es que los Seres, al cantar, olvidaban el hambre y el cansancio, y el miedo. Para ellos es un día de fiesta: lunes de carnaval. Es su año —el año de su dios Cristo— 1525.

Los soldados del marqués se embriagaban, cantaban. Hablaban de Castilla, de su patria lejana. Los señores compañeros míos y yo los hemos escuchado largo rato; largo rato, y sin decir nada. Teníamos la impresión que al cantar los Seres se humanizaban.

También hemos escuchado las risas y los cantos de los mayas, quienes, al reconocer en mí a Aquel que habla, me han ofrecido un tributo. Han venido a mi encuentro, trayendo abanicos de plumas verdes, telas, joyas de oro, y la corona real. Han puesto a mis pies su tributo, y maíz molido, una papilla de

maíz. He comido, pues tenía hambre, y los reyes de Texcoco y de Tacuba han comido conmigo, en silencio. Los mensajeros mayas han permanecido ante nosotros, de rodillas, con la cabeza inclinada. Me habían dicho: “Que venga nuestro señor, nuestro amo y soberano. Que nos haga dignos de esta gracia. Que nos trate, como súbditos suyos que somos, con clemencia. Y que ordene, pues sea lo que sea lo que de nosotros exija, sabremos encontrarlo”. Yo habría querido ceñirme la frente con la corona imperial, antes de contestarles; haberme echado sobre los hombros el manto verde, haber levantado el cetro; pero desgraciadamente no tenía más que un trapo atado a las caderas. Me quedé en silencio. Su alteza el rey de Tacuba, Tettlepanquetzal, ha hablado:

— ¿Cómo se llama vuestro señor?

— Su señoría se llama Pax Bolón. Mejor dicho: se llamaba Pax Bolón, ya que ha muerto.

Su alteza el rey de Texcoco, Coanacoch, se ha inclinado hacia mí, para decirme:

— Mienten, señor! Pax Bolón vive.

— ¿Cómo lo sabes, Coanacoch?

— ¡Por el sonido de la voz de esos hombres!

Y no se equivocaba: Pax Bolón está vivo, y bien vivo. Es una fiera salvaje con ademanes de mariposa. Sí, el día de hoy ha sido interminable, agotador; un día resonante, y muy caluroso. Lo que menos podía yo imaginar es que al caer el día, a la llegada del silencio, habría de invadirme el color o la luz. Los soldados del marqués, blancos y barbudos, con la cara tan blanca como la médula del junco, con la cara blanca oculta tras una careta ridícula —que la mayoría de las veces no es más que un trapo—, han adquirido un sentido humano, mientras celebraban su fiesta en las profundidades de esta selva. Se habría dicho que los Seres eran hombres como nosotros, a pesar de su inexplicable naturaleza, quizá divina, sin duda monstruosa.

El marqués ha pasado la tarde en la cabaña que han construido para él. El enano entraba y luego salía de la cabaña. Se llama Coxtemexi, y el marqués lo llama Cristóbal. Lo quiere bastante, ha puesto en él su confianza. El enano es espía del marqués; es sus ojos entre nosotros, es sus oídos.

La señora Malinalli, la lengua del marqués entre nosotros, su intérprete, y su manceba aunque se la haya dado por esposa a uno de los suyos, entró en la cabaña del marqués y no salió de allí. Sí, si salió; ella es quien ha acompañado a Pax Bolón, fiera salvaje revestida de exquisita gracia. Pax Bolón había mandado decir al marqués, por medio de su hijo, que él había muerto, pues sin duda temía recibir en persona al dios en persona. Pero el marqués, que es tan perspicaz como Coanacoch, o incluso más perspicaz que su alteza, no se ha dejado engañar, y ha mandado buscar a Pax Bolón que, para estar muerto, resulta desgraciadamente bastante vivo. El marqués ha lanzado unos gritos que han aterrorizado a los animales de la selva. Las voces de los Seres son un trueno. Convencido con esos aullidos, Pax Bolón ha mandado decir al marqués que había habido un error, que estaba vivo, y que iría a rendir homenaje a su grandeza.

Así es que esta tarde salió de lo más sombrío de la selva, transportado por esclavos, lleno de grasa y de temblorosa dignidad. El marqués le ha hecho esperar fuera largo rato, le ha mandado decir, por medio de la señora Malinalli, su intérprete

y su manceba, que tenía que abandonar la silla y esperar solo, de pie, bajo el calor. Pax Bolón ha obedecido. Los esclavos protegían su obesa persona con los parasoles; la señora Malinalli ha salido de la cabaña del marqués y ha ordenado a Pax Bolón que despida a sus hombres y que espere solo, al sol, y de pie. Los señores compañeros míos y yo observábamos la escena desde la choza que nos han montado detrás del templo; y Tettlepanquétzal se ha reído.

Yo me he acordado de nuestro difunto señor Moctezuma y le he rogado al rey de Tacuba que no se riera. Todos hemos tenido ya una abundante parte de humillación.

Pax Bolón, señor de esos mayas, entró, pues, en la cabaña del marqués, y permaneció en ella largo rato. Cuando salió, con el tocado deshecho, tenía el aspecto de un pájaro al que le han arrancado sus más bellas plumas. Iba olfateando tristemente el suelo con su nariz ganchuda como un pico de águila. Al volverse, nos lanzó una mirada furtiva, y, cuando acudió uno de sus esclavos, lo golpeó, cruel, con siniestra violencia. Tettlepanquétzal lo llamó:

- ¡Pax Bolón!

Pero Pax Bolón, señor de esos mayas, no le respondió. Y la selva, de donde había salido, lo sorbió de nuevo.

— ¡Nos ha entregado! —murmuró mi querido amigo Coanacoch, rey de Texcoco. Y, en efecto, Pax Bolón nos había entregado.

Lo más extraño de los extrañísimos hechos que marcan esta hora definitiva es que todo ha comenzado por un juego. Nos ha traicionado un juego; a través de nuestro juego han descubierto nuestro complot. Han captado la verdad por medio de una mentira. Somos en mano de los dioses como una canica en las manos de un niño, que le da vueltas y la lanza a donde quiere.

Era por la tarde, en la hora calurosa, y los Seres, borrachos ya, cantaban, a la sombra de los árboles, canciones de Castilla. Los señores compañeros míos y yo estábamos en esta choza montada detrás del templo y, de pronto, nos sentimos presa de una especie de hilaridad. Yo creo que la de los reyes de Texcoco y de Tacuba procedía de que consideraban que nuestro complot había triunfado —o casi triunfado—. Habían hablado en secreto, no lejos de aquí, pero en la selva espesa, con Pax Bolón, señor de esos mayas. Y ese Pax Bolón, fiero y mariposa, les había hecho creer, sin comprometerse demasiado, que nos favorecería con su ayuda. Los hechos sucedieron de ese modo. Fueron a ver a Pax Bolón y le dijeron:

—Rey y señor: llegará un tiempo en el que esos Seres llamados españoles nos den mucho qué hacer, a vos y a nosotros, y nos harán mucho daño: matarán a nuestros pueblos. Somos de parecer que hay que matarlos. Nosotros disponemos de mucha gente, y vosotros sois muchos.

Y Pax Bolón, esa fiero y mariposa, masa de carne, se encogió todo. Así me lo dijeron más tarde los señores compañeros y aliados míos. Yo no había asistido a esa cita. Aunque desnudo, aunque me encontraba en la mano de los Seres como la canica en la mano del niño que le da vueltas y la lanza a donde quiere, era sin embargo señor de México, era sin embargo la imagen de Brujo Colibrí, y mi dignidad me había impedido ir a mendigar los favores de ese reyezuelo de los mayas, escondido, mal escondido, en la selva que nos rodea. Se le repetía al

marqués que Pax Bolón había muerto, y el marqués no había empezado todavía a dar las voces que habrían de hacer salir al cobarde de su madriguera.

Así, pues, Pax Bolón se quedó todo encogido. El miedo encoge a los hombres. Y Pax Bolón, encogido, preguntó:

— ¿Es el señor Cuauhtémoc quien os envía?

— Sí —le respondieron a un tiempo los reyes de Texcoco y de Tacuba.

Pues era nuestro complot, el de los tres, el complot de la Triple Alianza.

Pax Bolón suspiró:

—Ya veré, ya veré; dejadme ahora, ya volveremos más tarde a ese tema...

Eran unas palabras vagas, pero los señores compañeros míos tuvieron la impresión de que el maya de la nariz ganchuda nos ayudaría. Por eso, en la cabaña, se apoderó de nosotros la hilaridad. Alguien — ¿quién?— lanzó una frase:

— ¡Nosotros, señores de la Triple Alianza, marchamos a la cabeza de nuestros ejércitos a la conquista de una provincia!

Tal fue la frase que uno de nosotros —pero, ¿quién?— había lanzado.

Y no era una frase estúpida. Hacía ya varias lunas, y varios soles, y icuántas lunas, y cuántos soles! que, con un ejército hambriento, pero todavía temible, seguíamos a ese Ser llamado Fernando Cortés que avanza y avanza, siempre vencedor, hacia las tierras australes. Y dice: "Vamos hacia las Hibueras", nombre con el que designa la patria más lejana de los mayas. Dan a las cosas los más extraños nombres o corrompen los nombres que ya tienen. No deja de asombrarme el que yo pueda entender, y hablar un poco, la lengua en que ellos se expresan, lengua bárbara que parece un trueno. Al jefe blanco y barbudo le preocupa, más que hacer una conquista, castigar a uno de los suyos que, según parece, se ha rebelado contra su autoridad. Cristóbal de Olid es el nombre de ese rebelde. Pero la verdad es que yo creo que lo que busca sobre todo es el oro, cuya sed y hambre parece que no se sacian; lo que a nosotros sigue asombrándonos, ya que empezó por asegurar que estaba enfermo y que su enfermedad sólo podía curarla el oro. En todo caso, es una enfermedad incurable, eterna.

Y nos obligó a acompañarlo: quizá quisiera procurarse a sí mismo el extraño placer de ir en busca de otra victoria, rodeado de una corte cautiva, entre la que hay un emperador y dos reyes. O, acaso, este vencedor tuviera miedo de dejarnos, a los vencidos, en la que en otro tiempo fuera la capital de nuestro imperio y de nuestra alianza, ¿Quién sabe? Lo cierto es que le hemos seguido, y que hemos atravesado las montañas y los ríos, que hemos recorrido largas distancias, tragado polvo, penetrado en las cálidas tierras del sur, por el camino de las Hibueras —como él dice—. Y la muchedumbre ha acudido a jurarnos fidelidad, a nosotros, que somos los huéspedes del marqués y sus prisioneros: ¿es éste acaso el privilegio de nuestra decadencia? Ayer, vencedores y amos, se nos detestaba; hoy, sin armas, ni jades, ni plumas, diría yo que se nos ama.

Puede verse aún en mi piel, con la misma claridad que las marcas de la viruela, la majestad de la casa de Acamapichtli. Pero, ahora vencido, es ésta una majestad que, en lugar de temerla, se respeta, y aun quizá se ame. La derrota nos ha hecho ganar lo que no habíamos obtenido con ninguna victoria.

Así, pues, esta tarde, mi querido Coanacoch ha dicho riendo:

—Señor, la provincia que vamos a conquistar será para mí, pues ya sabe

vuestra majestad que la ciudad de Texcoco, de la que soy rey, debe anteponerse a todo, según los tratados que mi padre Nezahualcóyotl concertó con tu predecesor Itzcoatl.

—En aquel tiempo —respondí yo riendo—, en aquel tiempo, alteza e hijo mío, nuestros ejércitos no llevaban ninguna compañía; de modo que se os habría reservado la provincia que se habría de conquistar, en la medida en que vuestra ciudad de Texcoco es nuestra patria común —¿no es cierto que de ella provienen nuestra raza y nuestro linaje?—. Pero ahora, no estamos solos: esos hijos del sol, esos Seres, los soldados del marqués, nos acompañan y nos ayudan. Ahora bien, teniendo en cuenta todo el bien que me desean, considero que la ciudad que se ha de conquistar debe agregarse a mi corona...

No era más que un juego, y, vencidos por la hilaridad, reíamos como niños, como locos; y esa risa nos ha perdido.

—¡Ah, no, señor! —exclamó riendo Tetzlepanquéztal, rey de Tacuba—, ¡no, señor! Puesto que todo va de cabeza, que esa provincia sea para mí; ¿no se suele colocar a menudo mi ciudad de Tacuba en último lugar? ¡Pues, que esté ahora en el primero!

Y los tres soltamos la carcajada. El juego de nuestra ironía no justificaba tanta hilaridad, habría que creer que los señores compañeros míos y yo encontrábamos un motivo de risa en la esperanza que la equívoca respuesta de Pax Bolón había insinuado en nuestras almas.

Había un hombre que no reía, era su excelencia Temilotl, el primer general de mi imperio, que suspiró. Es alto y flaco, mucho más viejo que el más viejo de nosotros, y suspira a menudo. Esta tarde ha ahogado nuestra hilaridad con estas graves y desconcertantes palabras:

—¡Ay, señores! ¿Por qué os burláis de la indefensa gallina robada y arrebatada por el codicioso lobo? Con las bromas, no hacemos más que manifestar la discordia que nos ha conducido a donde nos encontramos: estamos pobres, hambrientos, alejados de nuestra patria, atados de pies y manos y a merced de esos extranjeros, que son nuestros amos porque nosotros no hemos sabido permanecer unidos. Y sin embargo invito a vuestras altezas a que consideren con calma los acontecimientos: así, los males que padecemos, podrán conducirnos a algo bueno. ¿No han venido hasta nosotros esos extranjeros que son nuestros amos, soportando las calamidades de un viaje interminable y de la guerra, para salvar nuestras almas con la nueva fe del dios supremo que nuestros padres llamaban "Dueño del cerca y del junto" y al que ellos dan el nombre de Cristo? Yo creo que...

Pero yo no oí el resto del discurso de su excelencia Temilotl —discurso en parte prudente, en parte discutible, y hasta hay quien diría insensato—, porque Coanacoch me cogió la mano; sí, me cogió la mano, disimuladamente me tocó la mano.

— ¡Alguien nos ha escuchado! —me susurró al oído—; alguien que...

Y se calló.

— ¿Alguien? —exclamé yo—. ¿Quién?

Su excelencia Temilotl también se había callado, y todos se quedaron mirándome.

—¡Coxtemexi, el enano! —dijo Coanacoch muy excitado ¡El muy perro! ¡Y nos denunciará!

—¿Cómo lo sabes?

Coanacoch no respondió.

En efecto, el enano nos ha denunciado. Se diría que el rey de Texcoco ha heredado de su padre Nezahualpilli y de su abuelo Nezahualcōyotl el poder de la adivinación. Entonces, ¿por qué no ha sentido desde el principio que iba a traicionarnos Pax Bolón? ¡Ay, cuántas preguntas inútiles! Estamos en mano de los dioses como una canica en las de un niño: nos dan vueltas, creemos que reírnos y se ríen de nosotros. El enano ha transmitido al marqués, como prueba verídica, las palabras que nosotros habíamos pronunciado en broma. Y ha debido de decirle: "Señor, los reyes están conspirando; he oído su conversación. Ya están repartiéndose las tierras de que han de apoderarse después de haberos matado, a vos y a vuestros soldados." Una mentira, una calumnia, pero a través de esa mentira, de esa calumnia, y por la vil debilidad de Pax Bolón, que ha confirmado la existencia de una conspiración, el marqués ha llegado a la verdad. Por ello yo, emperador, y los reyes aliados míos, estamos esperando las consecuencias de una conspiración auténtica, descubierta a causa de una ficción, una broma entre amigos, más llena de amargura que de alegría.

Ahora, ayudado por el silencio espantoso, por ese consolador silencio que milagrosamente ha seguido al clamor de la fiesta —y la fiesta se aproximaba a su fin cuando se produjo el juicio—, ahora, digo, me encuentro en condiciones de imaginar lo que ha sucedido. Conozco bien los personajes del drama que, por voluntad de los dioses, somos los héroes, mejor dicho, los protagonistas: los protagonistas pasivos.

Coxtemexi, el innoble enano, después de haber sorprendido las palabras —alegres sólo en apariencia— que hemos pronunciado, va a quejarse ante la señora Malinalli. Ésta es la lengua del marqués, su intérprete, y también su manceba. Desde el día en que, en una costa, se la entregaron al jefe de los Seres, entre un grupo de veinte mujeres, esta esclava —que ha sabido hacer creer a su amo que nació en una cuna de riquísimas plumas— ha sido la boca a través de la cual el marqués se ha hecho entender, y los oídos que le han permitido entendernos. Después de haber robado nuestras palabras, el innoble enano va a verla y se queja. Me parece oír sus gemidos: "Ven, hijita mía, mi señora Malinalli, escúchame. Cuauhtémoc está encantado del momento presente; ven a espiarlo en su choza, ven a espiarlo con sus compañeros, ya verás cómo se ríe, y cómo se ríen sus compañeros con él. Estamos todos destinados a morir, ¡esas risas lo prueban!"

Estoy seguro de que la señora Malinalli no debió de comprender, en un primer momento, el significado de esas palabras. El enano se retuerce ante ella. Borrachos, y ocultos tras sus ridículas caretas, los Seres siguen cantando canciones de Castilla y bailan sus bárbaras danzas. Los hombres de nuestro acompañamiento, nuestro ejército de vencidos, y nuestros criados, nuestros esclavos, cantan nuestros himnos guerreros, bailan nuestras danzas sagradas, y cantan:

Los de Amantla son nuestros enemigos:

¡ven a unirte a mí!

Con combate se hace la guerra:

¡ven a unirte a mí!

Los de Pipiltlan son nuestros enemigos:

¡ven a unirte a mí!

Con combate se hace la guerra:
¡ ven a unirme a mí !

Es el himno de Brujo Colibrí, el joven guerrero. Una fiesta es una fiesta, y la fiesta de los vencedores puede ser la fiesta de los vencidos. La fiesta de los Seres, se ha convertido en la fiesta de los hombres.

"¿No ves tú, hijita mía, ama querida, lo contentos que están?; ¿por qué habrían de estar tan contentos, hijita mía, señora mía, si no fuera porque han decidido destruirnos?"

Así es como gime el enano —me parece oír su quejumbrosa y angustiada voz: —"Explícame" —dice la señora-. "Es que han decidido matarnos —gime el enano—, y nada los detendrá.

Ellos son tantos como las estrellas del cielo, mientras que nosotros, ay, señora mía, ay, señora mía, no somos más que un puñado de pobres hombres abatidos por el calor, por el hambre y por el largo viaje". —"Explícame" —insiste la señora Malinalli—. (Los Seres, que corrompen todo lo que tocan, la llaman Malinche.) "Hace un ratito, cuando me paseaba alrededor de su choza, con las orejas bien abiertas, y los ojos bien abiertos, y yo mismo abierto como un fruto muy maduro, para mejor servir al marqués, he oído las palabras que estaban pronunciando. Los príncipes se estaban ya repartiendo las tierras, hijita mía, señora mía, ¡las tierras de que han de apoderarse después de habernos destruido!"

La señora Malinalli, la lengua del marqués y su manceba, ha acabado por comprender. Se va a ver a su amo. Y le dice —me parece oír sus palabras—: "Cuauhtémoc, el emperador, y el rey de Texcoco, y el rey de Tacuba, y otros hombres de guerra, entre los cuales está Temilotl, un gran general, están conspirando para perderte. Ese pueblo maya, que ha recibido a Cuauhtémoc como si siguiera siendo su señor, ayudará a las tropas mexicanas, así como los criados y los esclavos, de modo que este puñado de gente que somos, agotados por el calor, el hambre y el largo viaje, no será pronto más que un montón de cuerpos sobre los que volarán los buitres."

11

"¡Que venga ese perro de Pax Bolón!" — le ordenó rugiendo, al hijo del señor escondido. El joven se asustó, Pax Bolón se asustó. Todo el mundo se asustó; salvo nosotros que, en nuestra choza, habíamos empezado a aguardar. Paz Bolón, conducido por sus hombres, se presentó, salió de la selva y se detuvo ante la cabaña del marqués. Esperó a pleno sol, solo, de pie, como una masa de carne agotada. Se puso de rodillas delante del marqués. El Ser le habló; le gritó. Se le oyó gritar. Pax Bolón gimió. Nosotros imaginamos sus gemidos. Luego habló, confirmó la noticia de nuestra conspiración.

Luego, se celebró el juicio. Lo que no duró mucho.

Luego, la fiesta, que había ido decayendo, continuó. Llegó la noche, y la luna. Y el silencio. Y el color verde —flor, canto— me envolvió; se puso a palpar en mi sangre.

Echados en petates amarillos, más amarilleados aún por la luna, los señores compañeros míos duermen y a veces se agitan en su sueño. La luna, al bañar su cuerpo desnudo, vuelve de oro a Coanacoch. Distingo el aliento de Tettlepanquétzal. Este es el imperio, esta es la Triple Alianza que han creado nuestros venerables pre-

decesores; esos dos hombres fieles y yo, que no duermo. Yo, Cuauhtémoc; Águila que cae, que ha caído; hijo de Ahuízotl; yo, emperador moribundo de México; yo, el favorecido por la luz verde —paz y alegría a pesar de todo—; yo, el representante de los hombres, sueño con mi vida.

Hay mucha agua en esta tierra de los mayas. Hace aquí mucho calor, y hay muchos árboles, muchos animales salvajes, muchos quetzales, y muchos animalillos aficionados a pegarse a la carne de los hombres e incluso a la de los Seres. Hay mucha agua. Se diría que unas manos invisibles han depositado una delgadísima capa de tierra sobre una interminable llanura líquida. Mi más antiguo recuerdo se refiere al agua. Veo a mi padre, su majestad Ahuízotl, de rodillas delante de un manantial, con la noble cabeza inclinada. El agua procedía de Coyoacán.

El agua del Cerro del Grillo no bastaba ya a las necesidades de la gran Tenochtitlan; además, Tlilpotonqui había mandado ejecutar trabajos agrícolas bastante importantes, y se había pensado en utilizar, con la de otros dos manantiales, el agua de otro llamado Acuecuexatl, que brotaba entre la localidad consagrada al nombre de Brujo Colibrí y Coyoacán, y que pertenecía al señor de este último lugar, el cual se llamaba Tzutzuma y que era un mago famoso. Mi señor padre envió unos mensajeros a ese Tzutzuma, para hacerle conocer su deseo, mejor dicho su voluntad; y el príncipe respondió que no sólo su agua, sino también su persona, pertenecían al emperador; y cometió el error de añadir —esperando quizá salvar así su manantial—, que el agua de éste tenía la desagradable costumbre de desbordarse a veces con furia y que, por este motivo, podría poner en peligro nuestra ciudad. Estas palabras hirieron a mi señor padre, quien decidió hacer que muriera el insolente. Le mandó, pues, unos hombres encargados de matarlo; pero Tzutzuma era mago, y cuando entraron en su casa no encontraron más que un águila, luego un tigre, luego una serpiente: el insolente cambiaba de aspecto. Todo el mundo hablaba de sus transformaciones. Se describía el aspecto feroz del águila, las garras del tigre, las llamaradas que arrojaba por la boca la serpiente. Hasta que, habiendo perdido la paciencia, mi señor padre envió a decir a la gente de Coyoacán: "o me entregáis a Tzutzuma, o mando destruir la ciudad y matar a todos los que habitan en ella." Tzutzuma se presentó. ¡Podría haber hecho otra cosa? "Aquí estoy, me pongo en vuestras manos, pero decidle a vuestro señor Ahuízotl que le profetizo que dentro de poco Tenochtitlan será anegada y destruida, y que lamentará no haber escuchado mi consejo." Le echaron por encima una manta y al cuello una cuerda. Arrojaron su cadáver a un terreno pedregoso. Donde lo echaron, brotó un manantial.

Mi padre, su majestad Ahuízotl, tenía pasión por el agua. Recurrió a sus aliados de Texcoco y de Tacuba, mandó llamar a muchos trabajadores, y en unos días quedó abierto un canalillo que habría de conducir a Tenochtitlan el agua del manantial Acuecuexatl.

Mi señor padre amaba el agua, cada vez quería tener más —Su nombre mismo designa un animal acuático—. Y ordenó: "¡Se celebrará la venida de nuestra señora!"

Una vez fijado el día, un sacerdote muy importante se revistió con las galas

del vestido ornado de Pedrería, diosa del agua: el rostro negro, la frente azul, el cuerpo azul, en la cabeza una tiara de plumas de garza real, la camisa azul con piedras verdes y azules, etcétera. Lo seguía una corte de sacerdotes llevando instrumentos de música, fuego, papel, copal, codornices. Cantaban himnos y danzaban. Mi padre, su majestad Ahuízotl, había ordenado: "¡Que la venida de nuestra señora sea celebrada!"

Estaban allí los cantores de Germinador, dios grande, casi tan grande como Brujo Colibrí.

13

Acompañaron al agua Acuecuexatl hasta Tenochtitlan, enseñándole el camino que habría de seguir a partir de entonces, dándole la bienvenida, dirigiéndole amables palabras, sacrificándole codornices, a las que se arrancaba la cabeza. Se mató en su honor a cuatro niños, hijos de principales del lugar, y se arrojaron sus corazones al agua, mojándola con su sangre. Ya que el emperador había dicho: "Se celebrará su venida." Era el más poderoso señor del mundo, y todos, todos, obedecían sus órdenes.

Ornado con las galas imperiales, resplandeciente, como un búho de plumas verdes, mi padre, su majestad Ahuízotl, va a saludar al agua Acuecuexatl, su honorable invitada. Yo, su último hijo, tengo cuatro años, no, tengo tres. En su frente cordial de soldado victorioso, mi señor padre lleva la diadema triangular, signo de la dignidad suprema. En la mano derecha, en lugar del cetro, mantiene un simple junco con un manojo de plumas blancas. El agua Acuecuexatl, conducida por el canalillo, llega hasta los pies de mi padre y se los moja.

Mi señor padre cae de rodillas. Ofrece a su preciosa invitada una flor roja, tabaco y copal. La rocía con la sangre de las codornices. Y le habla. Agarrado a mi madre, escucho sin comprenderlas bien, pero encontrándolas muy hermosas, las palabras altivas y amorosas de mi señor padre arrodillado: "Señora, sed bien venida a vuestra casa. Dama de la falda de turquesa, tened la suma bondad de colmar de beneficios a mi pueblo y al rústico que os habla. Producid, señora, abundantes frutos. Multiplicad nuestra riqueza..."

Así se expresa mi padre, su majestad Ahuízotl, y con tales palabras honra al agua venida de Coyoacán, al agua de la fuente llamada Acuecuexatl. Y como si ella quisiera satisfacer el deseo del emperador, complaciéndola con una generosidad sin igual, el agua aumenta, y aumenta, es espantoso lo que puede aumentar: el agua se convierte en un arroyo. Como si quisiera castigar la ambición desmesurada del emperador, y vengar la muerte de Tzutzuma, el agua va aumentando y aumentando; se convierte en un río. Los ojos desorbitados de la corte contemplan el agua que sube y sube. No se nota al principio, pero cuarenta días más tarde, hasta un ciego vería que el nivel de las aguas del lago en medio del cual está construida nuestra ciudad —nuestra ciudad: dos islas reunidas: una isla—, se ha elevado peligrosamente: las tierras cultivadas están al borde de la ruina; las casas del pueblo se aproximan a la destrucción.

¡Qué desastre! Y éste es mi recuerdo más antiguo: la flor roja en la fuente

mano de mi padre, el áspero humo de copal, aquellas altivas y amorosas palabras: "Señora, sed bienvenida...": ¡y aquella agua! La del Vestido ornado de Pedrerías, la temible diosa, hizo perecer a mucha gente e hizo llorar a muchos otros. Un día que mi padre se encontraba en una habitación baja, vio entrar una oleada con violencia. Se levantó de un salto y salió corriendo. Yo estaba allí y recuerdo el agudo grito de mi nodriza. Mi padre salió tan rápidamente — queriendo sin duda salvar la vida de su propia majestad—, que se dio un golpe en la frente con el dintel de la puerta. Se le cayó la diadema, y el primer ministro, su excelencia Mujer Serpiente, la recogió. Levantaron a mi padre, que había perdido el conocimiento. Más tarde, al recobrarlo y encontrarse ante el duelo de la nación, era ya un hombre diferente: una sombra pesaba sobre él.

Eso es, al menos, lo que habrían de contarme mucho más tarde: en aquella época yo no era más que un niño. Para detener la espantosa crecida de las aguas, para impedir que la tierra se convirtiera en un lago, se reunieron los sacerdotes, pintados de azul, en torno al funesto manantial, y, después de haberle arrojado papel y copal, le sacrificaron innumerables adolescentes. La del Vestido ornado de Pedrerías se sintió halagada por las interminables oraciones —aunque yo creo que aquellos tiernos corazones fueron más eficaces que las palabras— y, roja de sangre, el agua Acuecuexatl se sosegó.

Pero ya no se alejó de mi padre la tristeza. Era, en cierto modo, un hastío de vivir. Reunió a los nobles, convocó a los señores de las ciudades circunvecinas, y les pidió perdón. Aquel soldado indomable, aquel hombre alegre al que entusiasmaban las fiestas y que se rodeaba siempre de músicos y danzantes, aquél que sometiera cuarenta y cinco provincias a la ley del imperio, no habiendo sido sobrepasado en talento militar y en victorias más que por Moctezuma el Viejo, aquel hombre, con el corazón abatido, se inclinó ante sus súbditos y reconoció que el desbordamiento del lago, por el que había sufrido tanto la nación, tenía por única causa la insensata conducta de un solo hombre: ¡él mismo! "No soy —dijo— más que un mozuelo imprudente." Uno de los señores que allí estaban, el señor —según creo— de Xochimilco, se inclinó amablemente ante él y, para aligerar el peso bajo el cual le veía agobiado, acusó a los dioses del desastre, y pronunció las palabras que se dirigen al Espejo Humeante para invocar su alta protección sobre el rey recién elegido: "Lo malo que haga este elegido, provocando con ello vuestra ira y vuestra indignación, apelando así a vuestro castigo, no ha de hacerlo completamente de grado, ni por su voluntad, sino con vuestro permiso..." Pero mi señor padre fue insensible a los consuelos. Después de haber obtenido el perdón de los príncipes, les hizo generosos regalos y los despidió. Luego llamó al guardián del cofre; eso es, al menos lo que habrían de contarme mucho más tarde.

El guardián del cofre, o mayordomo del palacio, era —lo recuerdo bien— un hombre muy grueso, una bola de carne coronada por otra bola más pequeña, y había en él además otras bolas, grandes o pequeñas; desde las de sus mejillas, tan redondas como caídas, hasta las de sus pechos, tan florecientes que una recién casada se los habría envidiado. Era un hombre suave, un poeta. Parecía —lo recuerdo bien— no tener más que un deseo: el de pasar inadvertido; era un hombre

modesto. Mi padre le tenía cariño; pero nadie lo quería aparte de mi padre. El obeso superintendente de la hacienda tenía a su cargo la vigilancia de los grafos del Estado y de los depósitos en que se guardaban los tributos del imperio. Los sirvientes cuchicheaban por los patios y los corredores diciendo que el guardián del cofre era un redomado ladrón; he olvidado ya su nombre. Pero recuerdo que era un nombre modesto y redondo.

.-Guardián del cofre —le dijo su majestad Ahuízotl—, quiero que mandes venir aquí, lo antes posible, a los maestros artesanos que trabajan la piedra. Tengo que encargarles una obra de arte.

El obeso hizo una reverencia. Para mis ojos de niño, no había nada tan divertido como verle tratar de tocar el suelo —como es debido — con la punta de los dedos. Se alejó y volvió luego con cinco meonas. Aquellos artesanos, descalzos ante el emperador, y sin llevar sobre el cuerpo más que un taparrabos, esperaron con los ojos bajos a que su señor, mi padre, expresara su voluntad. El emperador salió de la sala y volvió a entrar llevando en la mano derecha un gran trozo de papel. Esto es, al menos, lo que habrían....